

## MÚSICA EN LA SANGRE

(1983)

GREG BEAR

Hay un principio en la naturaleza que creo que nadie ha señalado anteriormente. Cada hora, una miriada de trillones de "Música en la sangre" es el único cuento en esta antología que rompe los parámetros temporales de los editores. La importancia del cuento justifica la decisión. Publicado en 1983, casi al mismo tiempo que el boom del mucho más publicitado *cyberpunk*, el cuento de Greg Bear marca un antes y después en el desarrollo del género. No sólo por incluir en su repertorio la nanotecnología y plantear el ADN como un lenguaje programable, sino por lo que puede decir sobre la condición y conciencia humana, por su capacidad para desquebrajar las concepciones del lector y enviarlo a territorios desconocidos, y por articular la experiencia de la trascendencia y lo sublime en un género cuyo punto de partida es la racionalidad.

Bear es un novelista prolífico cuyo rango temático comprende desde la evolución acelerada al papel que juega la conciencia en el mundo físico. El cuento original "Música en la sangre" fue expandido para convertirse en novela, pero su versión original, en cuento, y mucho más poderosa, aparece por primera vez aquí, traducida al español.

### MÚSICA EN LA SANGRE

(1983)

GREG BEAR

Hay un principio en la naturaleza que creo que nadie ha señalado anteriormente. Cada hora, una miríada de trillones de pequeñas criaturas vivas —bacterias, microbios, animálculos— nacen y mueren, sin mayor efecto más que en el volumen de su existencia y la acumulación de sus minúsculos efectos. No perciben profundamente. No sufren mucho. Cientos de miles de millones, al morir, ni siquiera empiezan a tener la misma importancia que la de una sola muerte humana.

Entre los rangos de las magnitudes de todas las criaturas, tan pequeñas como los microbios o grandes como los humanos, existe una igualdad de *elan*, de la misma manera que las ramas de un árbol alto, juntas, igualan el conjunto de las ramas por debajo, y todas juntas equivalen al cuerpo del tronco.

Ése es, al menos, el principio. Creo que Vergil Ulam ha sido el primero en violarlo.

Habían pasado dos años desde la última vez que había visto a Vergil. Los recuerdos que tenía de él difícilmente correspondían al caballero bien vestido, bronceado y sonriente, que estaba de pie frente a mí. Habíamos hecho una cita para comer el día anterior, y ahora nos encontrábamos en las amplias

puertas dobles de la cafetería de empleados del Centro Médico Mount Freedom.

—¿Vergil? —pregunté—. Dios, ¡Vergil!

—Me da gusto verte, Edward —me saludó con un fuerte apretón de manos. Había perdido diez o doce kilos y lo que quedaba parecía más ajustado, mejor proporcionado. En la universidad Vergil era un genio práctico, regordete, de cabello indomable y dientes chuecos que calentaba las perillas de la puerta o nos daba a tomar un ponche que provocaría que orináramos azul, y que nunca tuvo una cita más que con Eileen Termagent, con quien compartía muchas de sus características físicas.

—Te ves muy bien —le dije—. ¿Te pasaste el verano en Cabo San Lucas?

Estábamos parados en la fila para elegir nuestra comida.

—El bronceado —me contestó mientras elegía una leche con chocolate— lo conseguí después de pasar tres meses bajo una lámpara de sol. Enderecé mis dientes poco después de verte por última vez. Te explicaré el resto, pero necesitamos el lugar para platicar en el que nadie nos pueda escuchar.

Lo guíé hacia la esquina de los fumadores, donde tres incondicionales humeaban, esparcidos entre seis mesas.

—En serio —le dije mientras acomodábamos los platos de nuestras charolas—, has cambiado. Te ves mejor.

—He cambiado mucho más de lo que te imaginas —su tono era ominoso, como de película, y me lo dijo levantando su ceja de manera teatral—. ¿Cómo está Gail?

Gail estaba bien, le platiqué, dando clases en la escuela de enfermería. Nos habíamos casado un año antes. Su mirada se dirigió a la comida —una rebanada de piña y queso cottage, un pedazo de *pie* de plátano con crema.

—¿No notas algo más? —me dijo, y su voz parecía romperse.

—Uh —murmuré, observándolo con cuidado.

—Fíjate bien.

—No estoy seguro. Bueno, ya no usas lentes. ¿Traes de contacto?

—No, ya no los necesito.

—Y te vestes mucho mejor. ¿Quién elige tu ropa? Espero que además de tener buen gusto, sea igual de sexy.

—Candice no es... no fue responsable de la mejora en mi ropa —me dijo—, pero tengo un mejor trabajo y más dinero para gastar. De hecho, mi habilidad para vestir supera mi habilidad para escoger comida.

Sonrió con la vieja sonrisa del Vergil que solía burlarse de sí mismo, pero terminó con un mueca peculiar.

—Pero bueno, ella me abandonó, me despidieron de mi trabajo y estoy viviendo de mis ahorros.

—Espérate —le dije—, son demasiadas cosas. Vas a tener que organizarlas cronológicamente. ¿Dónde estabas trabajando?

—Genetron Corp —dijo—. Desde hace año y medio.

—No sabía de ellos.

—Pronto los conocerás. Sus acciones se harán públicas el próximo mes. Y se dispararán. Sus avances con los BAM.

—Sé que es un BAM —lo interrumpí—, por lo menos en teoría:

Biochips Aplicables Medicamente.

—Desarrollaron unos que sí funcionan.

—¿Qué? —era mi turno de alzar las cejas.

—Circuitos lógicos microscópicos. Los inyectas en el torrente sanguíneo, se establecen en donde fueron programados y resuelven problemas. Con la aprobación del doctor Michael Bernard.

Era bastante impresionante. La reputación de Bernard era imaculada. No sólo estaba relacionado con los avances más importantes de la ingeniería genética, además había salido en las noticias una vez por año antes de retirarse como neurocirujano. Había estado en la portada de *Time*, *Mega*, *Rolling Stone*.

—Se supone que esto es confidencial: las acciones, los avances, Bernard, todo —miró a su alrededor y bajó su voz—, pero haz lo que quieras con la información, ya terminé con esos bastardos.

—Me vas a hacer rico, ¿eh? —silbó.

—Si eso es lo que quieres. O puedes quedarte otro rato conmigo antes de ir con tu agente de inversiones.

—Por supuesto.

No había tocado ni el queso cottage ni el *pie*. Pero ya se había comido la rebanada de piña y había tomado la leche con chocolate.

—Cuéntame más.

—Bueno, en la escuela me estaba entrenando para trabajo de laboratorio. Investigación bioquímica. Siempre he sido bueno con las computadoras. Así que logré mantenerme los dos últimos años...

—Vendiendo paquetes de *software* a Westinghouse —le dije.

—Me da gusto que mis amigos lo recuerden. Así me involucré con Genetron, justo cuando comenzaban. Tenían inversionistas fuertes y toda la infraestructura en laboratorios que pudieran necesitar. Me contrataron y avancé rápidamente. En cuatro meses ya estaba haciendo mi propio trabajo. Logré algunos avances —movió la mano en un gesto despreocupado— y después seguí tangentes que a ellos les parecieron prematuras. Persistí y me quitaron mi laboratorio para dárselo a un

tipo con la inteligencia de un gusano plano. Alcancé a salvar parte del experimento antes de que me corrieran. Pero no he sido exactamente cauteloso ni razonable. Así que sigo con los experimentos fuera del laboratorio.

Siempre había pensado que Vergil era ambicioso, que estaba un poco loco y que no era muy sensible. Sus relaciones con figuras de autoridad nunca habían sido cómodas. La ciencia, para él, era como esa mujer inalcanzable que siempre has deseado y que de repente te abre los brazos, mucho antes de que estés listo para un amor maduro, y que te deja un temor constante de que vas a desperdiciar la oportunidad, a perder el premio. Y al parecer, eso le sucedió.

—¿Fuera del laboratorio? No entiendo.

—Edward, quiero que me examines. Que me hagas un estudio completo. Quizá diagnóstico de cáncer. Y entonces te seguiré explicando.

—¿Quieres un examen de cinco mil dólares?

—Lo que puedas hacer. Ultrasonidos, resonancia magnética nuclear, termografía, todo.

—No sé si pueda conseguir acceso a todos esos aparatos. El escaneo completo de RMN sólo ha funcionado desde hace un mes o dos. Carajo, no podías haber elegido una manera más cara de...

—Entonces, ultrasonido. Eso es todo lo que necesitarás.

—Vergil, me dedico a la obstetricia, no soy un glamoroso técnico de laboratorio. Obstetricia: la de todas las bromas. Si te estás convirtiendo en mujer, quizá te pueda ayudar.

Se hizo hacia adelante y casi metió su codo en el pie, que logró evadir en el último segundo por unos milímetros. El viejo Vergil le hubiera atinado sin problemas.

—Examíname y verás... —entrecerró sus ojos—. Sólo hazme el estudio.

—OK, vamos a suponer que hago una cita para el ultrasonido, ¿quién va a pagar?

—Estoy con Blue Shield —sonrió y me enseñó una tarjeta de crédito médico—. Me metí a los archivos de personal de Genetron. Gastos médicos de hasta cien mil dólares. Nunca lo checarán, nunca sospecharán.

Quería discreción, así que hice los arreglos necesarios. Yo mismo llené la papelería. Si la cobranza se hacía correctamente, la mayor parte de los exámenes podían hacerse sin detalles oficiales. No cobré mis servicios. Después de todo, Vergil había logrado que orinara azul. Éramos amigos.

Llegó en la noche, tarde. Normalmente no tenía turnos nocturnos, pero me quedé, esperándolo en el tercer piso, que las enfermeras apodan el ala Frankenstein. Me senté en una silla de plástico naranja. Y llegó; parecía tener color olivo bajo las luces fluorescentes.

Se desnudó y le ayudé a acomodarse en la mesa. Me di cuenta de que sus tobillos estaban hinchados. Pero no estaban inflamados. Los toqué varias veces. Parecían saludables, pero tenían un aspecto extraño.

—Hmm —le dije.

Pasé las paletas por su cuerpo, eligiendo las áreas a las que las unidades más grandes no podrían acceder, y programé la información en el sistema de imágenes. Moví la mesa y la inserté en el orificio esmaltado de la unidad de diagnóstico de ultrasonido, la caverna de los zumbidos, como le decían las enfermeras.

Integré los datos de la caverna con el de las paletas y saqué a Vergil. A la imagen de video le tomó un segundo integrarse y fluyó en un patrón que mostraba su esqueleto. Mi mandíbula se desplomó.

Después de tres segundos, la imagen cambió y mostró los órganos del tórax, después su musculatura, su sistema vascular y su piel.

—¿Hace cuánto tuviste el accidente? —le pregunté, intentando esconder el temblor de mi voz.

—No tuve un accidente —me respondió—. Fue deliberado.

—¿Te golpeaban para que guardaras tus secretos?

—No me entiendes, Edward. Observa las imágenes. No estoy dañado.

—Mira, aquí hay espesores —indiqué los tobillos— y tus costillas, ese extraño patrón que se conecta en zigzag... estuvieron rotas en algún momento, obviamente y...

—Observa mi columna— me dijo, y roté la imagen de video.

Buckminster Fuller, pensé. Era increíble. Una celda de proyecciones triangulares, todas entrelazadas de manera que no podía siquiera empezar a decodificar visualmente, mucho menos entender. Intenté examinar su columna con mis manos. Él levantó sus brazos y miró hacia el techo.

—No la puedo encontrar. Todo está liso atrás.

Lo solté y miré su pecho. Examiné sus costillas. Estaban recubiertas de algo duro y flexible. Mientras más presionaba, más aumentaba su dureza. Y me di cuenta de otra transformación.

—Oye —le dije—. No tienes pezones.

Había pequeñas manchas pigmentadas, pero no había ningún otro rastro de los pezones.

—¿Ya ves? —me dijo Vergil, encogiendo sus hombros bajo la bata blanca—. Estoy siendo reconstruido, de adentro hacia afuera.

Cuando intento reconstruir esas horas, me halago pensando que le dije “cuéntame qué pasó”. Quizá por razones piadosas, no recuerdo lo que dije exactamente.

Me explicó con su perífrasis característica. Escucharlo era como intentar llegar al meollo de un artículo periodístico a través de un bosque de gráficas y adornos de diseño.

Yo simplifico y condenso.

Genetron le había encargado la manufactura de prototipos de biochips, pequeños circuitos hechos de moléculas de proteínas. Algunos estaban engarzados a chips de silicón de un poco más de un micrómetro de tamaño, para entonces enviarlos a través de arterias de ratas rumbo a lugares especificados químicamente, allí se conectaban con el tejido e intentaban monitorear, incluso controlar, patologías inducidas en el laboratorio.

—Eso fue increíble —dijo—. Recuperábamos los microchips más complejos sacrificando a la rata y veíamos la información conectando la porción de silicón a un sistema de imágenes. La computadora nos daba gráficos de barra y después un diagrama de las características químicas de aproximadamente once centímetros de vaso sanguíneo; después integraba todo en una imagen. Hacíamos *zoom* en once centímetros de arteria de rata. Nunca has visto a tantos científicos saltar, abrazarse y brindar con jugo de insectos.

El jugo de insectos era etanol de laboratorio mezclado con Dr. Pepper.

Eventualmente, los elementos de silicón fueron eliminados y sustituidos por nucleoproteínas. No parecía estar dispuesto a explicar los detalles, pero alcancé a entender que encontraron maneras de hacer moléculas grandes —tan grandes como el ADN, e incluso más complejas— en computadoras electroquímicas, utilizando estructuras ribosómicas como “codificadores” y “lectores”, y el ARN como “cinta”. Vergil logró imitar la separación y el reensamblaje reproductivo en sus nucleoproteínas, incorporando cambios programáticos en momentos clave al cambiar pares de nucleótidos.

—Genetron quería que me dedicara a ingeniería de supergenes, ya que todo el mundo parecía entusiasmado con eso. Hacer todo tipo de criaturas, algunas incluso imaginarias. Pero yo tenía otras ideas —rodeó su oreja con un dedo e imitó un theremín con su voz.

—Científico loco, ¿verdad? —soltó una carcajada y regresó a su seriedad—. Inyecté mis mejores nucleoproteínas en bacterias para poder compilar y duplicar más fácilmente. Y las dejaba adentro, para que los circuitos pudieran interactuar con las células. Estaban programados heurísticamente; se enseñaban a sí mismos. La células les alimentaban información codificada químicamente, las computadoras la procesaban y tomaban decisiones. Las células se hicieron inteligentes. Bueno, tan inteligentes como planaria. ¿Te imaginas una *E. coli* tan lista como una planaria?

—Estoy intentándolo —asentí.

—Y entonces realmente despegué solito. Teníamos el equipo y las técnicas; y conocía el lenguaje molecular. Podía conseguir biochips realmente densos y complejos al compilar las nucleoproteínas, convertirlos en pequeños cerebros. Investi-

gué un poco sobre qué tan lejos podía llegar, en teoría. Si me quedaba con bacterias, podía hacer un biochip con la capacidad computacional del cerebro de un gorrión. ¡No puedes imaginar lo prendido que me sentía! Y entonces encontré la manera de incrementar mil veces la complejidad, utilizando algo que normalmente consideramos una molestia: el cuchicheo cuántico entre los elementos fijos de los circuitos. En esa escala, el cambio más pequeño podía hacer explotar un biochip. Pero desarrollé un programa que podía predecir y tomaba ventaja del efecto túnel de los electrones. Enfatiqué los aspectos heurísticos de la computadora y utilicé el chismorreó como método para aumentar la complejidad.

—Me estás perdiendo —le dije.

—Tomé ventaja de la aleatoriedad. Los circuitos podían repararse a sí mismos, comparar memorias y corregir elementos que provocaban errores. Les di instrucciones básicas: crezcan y multiplíquense. Mejoren. ¡Dios, hubieras visto algunos cultivos la semana siguiente! Era increíble. Estaban evolucionando solos, como pequeñas ciudades. Los destruí todos. Si las hubiera seguido alimentando, estoy seguro que a una caja de Petri le hubieran salido patas y hubiera saltado fuera de la incubadora.

—¡Me quieres ver la cara! —lo volteé a ver—. No estás bromeando.

—Hombre, ¡sabían lo que significa mejorar! Sabían hacia dónde dirigirse, pero tenían tantos límites, en cuerpos de bacteria, con tan pocos recursos.

—¿Qué tan listas eran?

—No podía estar seguro. Se estaban asociando en racimos de cien a doscientas células, y cada racimo actuaba como una unidad autónoma. Cada grupo podía tener la inteligencia de un

mono Rhesus. Intercambiaban información a través de sus *pili*, se pasaban trozos de memoria y comparaban notas. Su organización, obviamente, era muy diferente a la de un grupo de monos. Su mundo era mucho más simple, por un lado. Con sus habilidades, se convirtieron en amos y señores de las cajas Petri. Usaron todas las posibilidades a su alcance para cambiar y crecer.

—¿Cómo es posible eso?

—¿Qué? —parecía sorprendido. Yo no me estaba creyendo su historia tal cual me la contaba—. Hacer caber tanto en tan poco. Un mono Rhesus no es una calculadora simple, Vergil.

—Creo que no me estoy explicando bien —dijo, visiblemente irritado—. Estaba usando computadoras de nucleoproteínas. Son como el ADN, pero toda la información puede interactuar. ¿Sabes cuántos pares de nucleótidos hay en el ADN de una sola bacteria?

—Ya había transcurrido mucho tiempo desde mi última clase de bioquímica. Negué con la cabeza.

—Como dos millones. Añádele las estructuras ribosómicas modificadas —quince mil, cada una con un peso molecular de tres millones— y considera las combinaciones y permutaciones. El ARN se acomoda como un bucle de papel continuo, rodeado de ribosomas enviando instrucciones y manufacturando cadenas de proteínas... —sus ojos brillaban, ligeramente húmedos—. Además, no estoy diciendo que cada célula era una unidad aislada. Cooperaban.

—¿Cuántas bacterias había en las placas que destruiste.

—Mil millones. No lo sé —sonrió—. Ya lo entiendes, Edward. Planetas llenos de *E. coli*.

—¿Y Genetron no te despidió entonces?

—No. Para empezar, no sabían lo que estaba sucediendo. Seguí compilando moléculas, aumentando su tamaño y complejidad. Cuando las bacterias parecían muy limitadas, me sacaba sangre, separaba los glóbulos blancos y les inyectaba los nuevos biochips. Los observaba, los metía en laberintos y a resolver pequeños acertijos químicos. Eran genios. El tiempo sucede mucho más rápido a ese nivel; poca distancia para intercambiar mensajes y el ambiente es mucho más simple. Y entonces olvidé salvar un archivo bajo mi código secreto en las computadoras del laboratorio. Unos administradores lo encontraron y dedujeron qué estaba haciendo. Todo el mundo entró en pánico. Pensaron que tendríamos a todas las organizaciones de vigilancia social del país tras nuestras espaldas por lo que había hecho. Comenzaron a destruir mi trabajo y a borrar mis programas. Me ordenaron esterilizar mis glóbulos blancos. Dios —se quitó la bata blanca y comenzó a vestirse—. Sólo tuve un par de días. Separé las células más complejas...

—¿Qué tan complejas?

—Estaban agrupadas en racimos de cien células, como las bacterias. Cada grupo tan listo como un niño de cuatro años —estudió mi rostro por un instante—. ¿Todavía tienes dudas? ¿Quieres que te diga cuántos pares de nucleótidos hay en una célula de mamífero? Diseñé mis computadoras para que tomaran ventaja de la capacidad de los glóbulos blancos. Cuatro mil millones de pares de nucleótidos, Edward. Y no tienen que preocuparse por un cuerpo grande, lo que agota la mayor parte de su tiempo para pensar.

—OK, me convenciste —le dije—. ¿Qué hiciste después?

—Mezclé los glóbulos en un cilindro de sangre íntegra y me los inyecté —cerró los botones superiores de su camisa

y me sonrió ligeramente—. Los había programado con todo el impulso posible, les hablé de niveles tan altos como pude usando enzimas. Después, las dejé solas.

—¿Las programaste para crecer y multiplicarse? ¿Mejorar? —repetí.

—Creo que desarrollaron algunas características que habían aprendido de los biochips en su fase E. Coli. Los glóbulos blancos podían hablar entre ellos con memorias excretadas. Averiguaron cómo ingerir otros tipos de células y alterarlas sin matarlas.

—Estás loco.

—¡Puedes ver la pantalla! Edward, no me he vuelto a enfermar desde que me las inyecté. Me la pasaba con gripa. Nunca me he sentido mejor.

—Están adentro de ti, averiguando cosas, cambiándolas.

—En este momento, cada racimo es tan listo como tú o yo.

—Estás completamente loco.

Vergil se encogió de hombros.

—Genetron me despidió. Pensaron que me iba a vengar por lo que le hicieron a mi trabajo. Me sacaron de los laboratorio, y no había tenido oportunidad de ver lo que estaba sucediendo dentro de mí hasta hoy. Tres meses.

—Así que... —mi mente corría—. Perdiste peso por que mejoraron tu metabolismo de gordo. Tus huesos son más fuertes, tu columna vertebral ha sido completamente reconstruida...

—Ya no tengo dolores de espalda, incluso si duermo en mi viejo colchón.

—Tu corazón parece diferente.

—No sé sobre el corazón —dijo, examinado la imagen de cerca—. En cuanto a la grasa, he estado pensando al respecto.



Quizá aumentaron mi tejido adiposo pardo, mejoraron el metabolismo. No he tenido mucha hambre últimamente. Y no he cambiado mucho mis hábitos alimenticios, me gusta la misma basura de siempre, pero de una u otra manera como sólo lo que necesito. Creo que todavía no saben para qué es mi cerebro. Claro, ya entendieron todo lo que tiene que ver con glándulas, pero todavía no entienden todo, si sabes lo que quiero decir. No saben que yo estoy aquí. Pero bueno, te aseguro que sí averiguaron para qué sirven mis órganos reproductivos.

Observé la imagen y desvié la mirada.

—Ah, se ven muy normales —me dijo, pesando su escroto de una manera obscena. Sonrió—. ¿Cómo crees que conseguí una belleza como Candice? Ella sólo quería una aventura de una noche con un *techie*. Me veía bien en ese entonces, sin bronceado pero con figura, buenas ropas. Nunca se había tirado a un *techie*. ¿Para contar un chiste, no? Pero mis pequeños genios nos mantuvieron despiertos la mitad de la noche. Creo que realizaban mejoras cada vez que lo hacíamos. Me sentía como si tuviera fiebre.

Su sonrisa se desvaneció.

—Pero una noche mi piel comenzó a cosquillar. Me asustó. Pensé que las cosas se estaban saliendo de control. Me preguntaba qué harían cuando cruzaran la barrera de la sangre cerebral y se enteraran de mí, de la verdadera función del cerebro. Así que comencé una campaña para mantenerlos bajo control. Pensé que la razón por la que querían salir a la piel era la facilidad de establecer circuitos a través de una superficie. Mucho más fácil que intentar mantener cadenas de comunicación adentro y alrededor de músculos, órganos y vesículas. La piel es mucho más directa. Así que compré una lámpara

de cuarzo —Vergil captó mi expresión de perplejidad—. En el laboratorio, quebrábamos las proteínas en células con biochips exponiéndolas a luz ultravioleta. Alterné lámparas de sol con tratamientos de cuarzo. Los mantiene fuera de mi piel y quedo con un resplandeciente bronceado.

—También te puedes quedar con cáncer en la piel —le comenté.

—Seguramente se ocuparán de eso. Como policías.

—OK, ya te examiné. Ya me contaste una historia que todavía no me acabo de creer... ¿qué quieres que haga?

—No estoy tan tranquilo como parece, Edward. Estoy preocupado. Me gustaría encontrar una manera de controlarlas antes de que descubran mi cerebro. Mira, piénsalo, deben ser trillones ahora, y cada una de ellas, inteligente. Están cooperando hasta cierto punto. Muy probablemente soy el tipo más inteligente del planeta y ellas apenas están entendiendo qué hacen. No quiero que tomen el control —soltó una carcajada desagradable—. Que se roben mi alma, ¿sabes? Así que piensa en algún tratamiento que las pueda inhibir. Quizá podemos matarlas de hambre. Piénsale.

Me dio un papel con su número de teléfono y dirección. Tomó el teclado y borró la imagen, deshaciéndose de toda la memoria del estudio.

—Sólo tú —me dijo—. Y por favor... apresúrate.

Eran las tres de la madrugada cuando Vergil salió del cuarto de examinación. Me había permitido tomar muestras de sangre y me había dado su mano. Su palma estaba húmeda, nerviosa, y me advirtió que no ingiriera los especímenes.

—Antes de ir a casa, le hice varias pruebas a la sangre. Los resultados estuvieron listos al día siguiente.

Los recogí a la hora de la comida y destruí todas las muestras. Lo hice como robot. Me tomó cinco días de noches casi insomnes para aceptar lo que había visto. Su sangre era lo suficientemente normal, aunque las máquinas le diagnosticaron una infección. Altos niveles de leucocitos, glóbulos blancos, e histamina. Al quinto día, creí.

Gail llegó a casa antes que yo, pero era mi turno de hacer la cena. Metió un disco de la escuela en nuestro sistema casero y me mostró videos del arte que estaban creando los niños en la guardería. Miré pacientemente y cené con ella en silencio.

Tuve dos sueños, parte de mi aceptación final.

En el primero, esa tarde, fui testigo de la destrucción del planeta Krypton, el planeta del que proviene Superman. Miles de millones de genios superhumanos murieron gritando en paredes de fuego. Relacioné su destrucción con la esterilización de la sangre de Vergil.

El segundo sueño fue peor. Soñé que la ciudad de Nueva York violaba a una mujer. Al final del sueño, ella dio a luz a pequeñas ciudades embrionicas, envueltas en sacos translúcidos, empapadas en sangre por el difícil parto.

Le llamé en la mañana del sexto día. Contestó al cuarto timbrado.

-Tengo algunos resultados -le dije-. Nada conclusivo. Pero quiero hablar contigo. En persona.

-Claro -dijo-. No estoy saliendo por el momento.

Su voz era tensa; parecía agotado.

El departamento de Vergil estaba en un lujoso rascacielos cerca de la orilla del lago. Me subí al elevador, escuchando breves jingles publicitarios, y observando cómo los hologramas danzaban para mostrar productos, departamentos vacíos

en renta, y a la anfitriona del edificio discutir las actividades sociales de la semana.

Vergil abrió la puerta y me hizo señas para que pasara. Tenía puesta una bata de cuadros con mangas largas y pantuflas, una pipa apagada en una mano y sus dedos le daban vueltas mientras caminaba, alejándose de mí, hasta sentarse sin decir una sola palabra.

-Tienes una infección -le dije.

-¿Qué?

-Eso es todo lo que me dicen los análisis de sangre. No tengo acceso a los microscopios de electrones.

-No creo que sea realmente una infección -me dijo-. Después de todo, son mis propias células. Probablemente algo más... alguna señal de su presencia, del cambio. No podemos esperar lograr entender todo lo que está sucediendo.

-Escúchame -le dije mientras me quitaba el abrigo-, me tienes realmente preocupado.

La expresión en su rostro me detuvo: una especie de beatitud frenética. Entrecerró los ojos viendo al techo y frunció los labios.

-¿Fumaste marihuana? -le pregunté.

Enderezó su cabeza, asintió una vez, muy lentamente.

-Estoy escuchando -dijo.

-¿Qué?

-No lo sé. No sonidos... exactamente. Como música. El corazón, todos los vasos sanguíneos, la fricción de la sangre en la arterias, las venas. Actividad. Música en la sangre -me miró lastimosamente-. ¿Por qué no estás trabajando?

-Hoy descanso. Gail está trabajando.

-¿Te puedes quedar?

—Supongo —me encogí de hombros. Sonaba sospechoso. Miré el departamento buscando ceniceros, papeles para cigarrillos.

—No estoy pacheco, Edward —me dijo—. Puedo estar equivocado, pero creo que algo importante está sucediendo. Creo que están averiguando quién soy.

Me senté frente a Vergil, mirándolo fijamente. No parecía darse cuenta. Algún proceso interno captaba toda su atención. Cuando le pedí una taza de café, señaló hacia la cocina. Herví una jarra de agua y tomé un frasco con café instantáneo de la despensa. Con taza en mano, regresé a mi asiento. Vergil doblaba su cabeza hacia atrás y hacia adelante, con los ojos abiertos.

—Siempre supiste lo que querías ser, ¿verdad? —me preguntó.

—Más o menos.

—Un ginecólogo. Decisiones inteligentes. Nunca diste un paso en falso. Yo era diferente. Tenía metas, pero ninguna dirección. Como un mapa sin caminos, sólo con lugares a los cuales llegar. Todo me valía madres, todos menos yo. Incluso la ciencia. Únicamente un medio. Me sorprende haber llegado tan lejos. Incluso odiaba a mis padres.

Sujetó los brazos de su silla.

—¿Todo bien? —le pregunté.

—Me están hablando —dijo. Cerró los ojos.

Durante una hora, pareció dormir. Chequé su pulso, que era fuerte y constante, puse mi mano en su frente, ligeramente fresca, y me hice más café. Estaba viendo una revista, sin saber qué hacer, cuando abrió los ojos de nuevo.

—Es difícil entender cómo es el tiempo para ellos —me dijo—. Les ha tomado tres, cuatro días entender el lenguaje, con-

ceptos claves de los humanos. Y ahora ya lo entendieron. Ya me entendieron. Justo ahora.

—¿Qué quieres decir?

Me aseguró que había miles de investigadores colgados hasta sus neuronas. No podía dar detalles.

—Son muy eficientes, ¿sabes? —me dijo—. Todavía no me joden irremediablemente.

—Tenemos que llevarte a un hospital ahora.

—¿Qué carajo podrán hacer otros doctores? ¿Ya pensaste tú alguna manera de controlarlos? Son mis propias células.

—He estado pensando. Podemos matarlos de hambre. Averiguar las diferencias metabólicas...

—No estoy seguro de querer deshacerme de ellos —dijo Vergil—. No están haciendo ningún daño.

—¿Cómo sabes?

Meneó su cabeza y sostuvo un dedo en alto.

—Espera. Están tratando de entender qué es el espacio. Es difícil para ellos: entienden las distancias en términos de concentraciones químicas. Para ellos, el espacio es como la intensidad de los sabores.

—Vergil...

—¡Escucha! ¡Piensa, Edward! —su tono era excitado pero bajo control—. Algo importante está sucediendo dentro de mí. Hablan entre ellos a través de fluidos, de membranas. Fabrican algo, ¿virus?, para llevar los datos almacenados en cadenas de ácido nucleico. Creo que están diciendo "ARN". Eso tiene sentido. Es una de las maneras en las que los programé. Pero también *plásmidos*. Quizá eso es lo que tus máquinas confunden con una infección, todo ese chismorreó en mi sangre, paquetes de información. Probadas de otros individuos. Iguales. Superiores. Subordinados.

—Vergil, sigo pensando que deberías estar en un hospital.

—Éste es mi espectáculo, Edward —me dijo—. Yo soy su inverso. Están sorprendidos por la nueva escala que están descubriendo.

Se quedó callado por un momento. Me hincé junto a su silla y subí la manga de su bata. Su brazo estaba lleno de líneas blancas cruzándose. Estaba a punto de ir por el teléfono cuando se paró y se estiró.

—¿Sabes cuántas células del cuerpo matamos cada vez que nos movemos?

—Voy a llamar una ambulancia —le dije.

—No, no lo vas a hacer —su tono de voz me detuvo—. Ya te lo dije, no estoy enfermo, éste es mi espectáculo. ¿Sabes qué me van a hacer en un hospital? Es como si unos cavernícolas intentaran arreglar una computadora. Sería una farsa.

—¿Entonces qué chingados estoy haciendo aquí? —le pregunté, molesto—. No puedo hacer nada. Soy uno de esos cavernícolas.

—Eres un amigo —me dijo Vergil, fijando sus ojos en los míos. Tuve la impresión de que no sólo Vergil me estaba mirando.

—Te quiero aquí para que me acompañes —se rio—. Pero no estoy exactamente sólo.

Caminó por el departamento durante dos horas, tocando cosas, asomándose a la ventana, preparándose un *lunch* lenta y metódicamente.

—¿Sabes? Ellos pueden sentir sus propios pensamientos —me dijo alrededor del medio día—. Quiero decir, el citoplasma parece tener voluntad propia, una especie de vida inconsciente contraria a la racionalidad que hasta hace poco desarrollaron.

Escuchan el “ruido” químico de las moléculas ensamblándose y deshaciéndose allá adentro.

A las dos de la tarde, llamé a Gail para decirle que llegaría tarde. Estaba casi enfermo de la tensión, pero intenté mantener mi voz tranquila.

—¿Te acuerdas de Vergil Ulam? Estoy platicando con él ahorita.

—¿Todo está bien? —me preguntó.

—¿Bien? Claro que no.

—Todo bien —le contesté.

—¡Cultura! —dijo Vergil, asomándose por la pared de la cocina. Me despedí y colgué el teléfono—. Siempre están nadando en ese baño de información. Contribuyen con él. Es una especie de Gestalt. La jerarquía es absoluta. Envían fagos tras las células que no interactúan como se debe. Virus generados específicamente para individuos o grupos. No hay escape. Una célula defectuosa es infiltrada por el virus, la célula se convierte en ámpula, explota y se disuelve. Pero no es una dictadura. Creo que, en términos efectivos, tienen más libertad que en una democracia. Quiero decir, la diferencia es muy marcada entre individuo e individuo. ¿Tiene sentido lo que digo? Varían de una manera diferente a la nuestra.

—Espera —le dije, tomándolo de los hombros—. Vergil, me estás orillando hasta el límite. No puedo aguantar mucho esto. No entiendo. No estoy seguro de que lo crea...

—¿Ni siquiera ahora?

—OK. Supongamos que me estás dando la interpretación correcta. Que me estás diciendo honestamente qué pasa. ¿Te has detenido a pensar las consecuencias? ¿Lo que implica? ¿Hasta dónde puede llegar?

Caminó hacia la cocina y se sirvió un vaso de agua de la llave y regresó para sentarse junto a mí. Su expresión había cambiado de asombro infantil a preocupación sobria.

—Nunca he sido muy bueno para eso.

—¿Tienes miedo?

—Tenía. Ahora, no estoy seguro —jugueteeó con el listón de su bata—. Mira, no quiero que pienses que te estoy saltando o algo así. Ayer fui a ver a Michael Bernard. Me hizo varios estudios, tomó muestras. Me dijo que suspendiera los tratamientos con las lámparas. Me llamó esta mañana antes de que tú lo hicieras. Me dijo que todo checaba. Y me pidió que no le contara a nadie.

Hizo una pausa. Su expresión cambió de nuevo, parecía estar en trance otra vez.

—Ciudades de células —continuó—. Edward, están empujando tubos entre los tejidos, esparciendo información...

—¡Detente! —le grité—. ¿Checa? ¿Qué checa?

—En palabras del propio Bernard, tengo “macrófagos seriamente agrandados” en todo mi sistema. Y también está de acuerdo con nuestras teorías sobre los cambios anatómicos.

—¿Qué planea hacer?

—No lo sé. Creo que probablemente convencerá a Genetron de reabrir el laboratorio.

—¿Es lo que tú quieres?

—No es únicamente recuperar el laboratorio. Quiero mostrarte algo. No he dejado de cambiar desde que suspendí los tratamientos con las lámparas.

Deshizo el nudo de la bata y dejó que cayera al piso. Todo su cuerpo estaba cruzado con líneas blancas. En su espalda, las líneas empezaban a formar crestas.

—Dios mío.

—Pronto no seré muy útil fuera de un laboratorio. No podré salir a la calle. Y ningún hospital sabría qué hacer conmigo.

—Estás... puedes hablar con ellos, pedirles que disminuyan su velocidad —le dije, consciente de lo ridículo de mi propuesta.

—Sí, claro que puedo, pero ellos no necesariamente me harán caso.

—Pensé que eras como su dios, o algo así.

—Los que están conectados a mis neuronas no son los líderes. Son investigadores, o por lo menos cumplen con esa función. Saben que estoy aquí, saben qué soy, pero no significa que puedan convencer a los niveles más altos de la jerarquía.

—¿Están en disputa?

—Algo así. No es tan malo, de todos modos. Si se vuelve a abrir el laboratorio, tendré una casa, un lugar dónde trabajar —se asomó a la ventana, como si estuviera buscando a alguien—. No me queda otra cosa más que ellos. No tienen miedo, Edward. Nunca me he sentido tan cerca de nada en mi vida.

La sonrisa beatífica apareció de nuevo.

—Soy responsable de ellos. Madre de todos ellos.

—¿No tienes idea de lo que van a intentar?

Negó con la cabeza.

—No, en serio. Me dijiste que era como una civilización...

—Como miles de civilizaciones.

—Sí, y sabemos que las civilizaciones pueden fracasar. Guerras, el medio ambiente...

Estaba pendiendo de un hilo, intentando controlar una situación de pánico. No era lo suficientemente competente como para manejar la magnitud de lo que sucedía. Tampoco Vergil.

Él era la última persona en la que yo hubiera pensado para resolver problemas de esta magnitud.

—Pero soy el único que está en riesgo.

—No sabes eso. Dios, Vergil, mira lo que te están haciendo.

—¡A mí! ¡Todo a mí! —me dijo—. A nadie más.

Negué con la cabeza y subí las manos mostrando mi derrota.

—OK. Bernard consigue reabrir el laboratorio, te mudas ahí y te conviertes en su conejillo de Indias. ¿Y entonces qué?

—Me tratan bien. Soy mucho más que el viejo Vergil Ulam. Soy una maldita galaxia, una supramadre.

—¿Suprahuésped, querrás decir? —me concedió el argumento alzando los hombros.

Ya no aguantaba más. Me salí usando excusas torpes y me senté en el *lobby* del edificio, intentando tranquilizarme. Alguien tenía que hacerlo entender... ¿pero a quién escucharía? Había ido con Bernard...

Y parecía que Bernard no sólo estaba convencido, sino muy interesado. Las personas en la posición de Bernard no persuaden a los Vergil Ulam del mundo si no esperan sacar ventaja de algo.

Tenía una corazonada y decidí tomar el riesgo. Fui a un teléfono de paga, metí mi tarjeta de crédito y marqué a Genetron.

—Quiero hablar con el doctor Michael Bernard —le dije a la recepcionista.

—¿Quién lo busca?

—Es su servicio de mensajería. Tiene una llamada de emergencia y su *beeper* parece estar descompuesto.

Unos cuantos tensos minutos después, Bernard contestó.

—¿De qué se trata esto? —preguntó—. No tengo un servicio de mensajes.

—Mi nombre es Edward Milligan. Soy amigo de Vergil Ulam. Y creo que tenemos que discutir algunos problemas.

Hicimos una cita para hablar a la mañana siguiente.

Me fui a casa e intenté encontrar alguna excusa para faltar al trabajo en mi siguiente turno del hospital. No podía concentrarme en mi práctica, no podía darle a mis pacientes la atención que merecían.

Culpable, enojado, asustado.

Así me encontró Gail. Me puse una máscara de tranquilidad e hicimos la cena juntos. Después de comer, abrazados, observamos cómo se prendían las luces de la ciudad ante el atardecer desde la ventana que daba a la bahía. Unos estorninos de invierno buscaban comida en el césped amarillento con los últimos minutos de luz y después se alejaron volando con una corriente de viento que hizo que las ventanas temblaran.

—Algo está mal —me dijo Gail, suavemente—. ¿Me vas a contar o sólo vas a actuar como si todo estuviera normal?

—Sólo soy yo —le dije—. Estoy tenso. El trabajo en el hospital.

—Dios mío —me dijo, incorporándose—. Me vas a abandonar por esa mujer, Baker.

La señora Baker pesaba ciento cincuenta kilos y no se había dado cuenta de que estaba embarazada hasta el quinto mes.

—No —le dije, indiferente.

—Alivio en éxtasis —dijo Gail, rozando mi frente—. Sabes que cuando te pones así de introspectivo me vuelves loca.

—No es nada de lo que pueda hablar todavía así que...  
—apreté su mano.

—Eso fue terriblemente condescendiente —me dijo, parándose—. Me voy a hacer un té. ¿Quieres?

Ahora estaba ofendida y yo me sentía tenso por no poder decirle.

¿Por qué no revelarle todo? Un viejo amigo se estaba convirtiendo en una galaxia.

Preferí limpiar la mesa. Esa noche, incapaz de conciliar el sueño, observé a Gail sentado en la cama, con la almohada contra la pared, e intenté distinguir lo que sabía que era real de lo que no lo era.

Soy un doctor, me repetía. Una profesión técnica, científica. Se supone que debería estar inmunizado ante el *shock* del futuro.

Vergil Ulam se estaba convirtiendo en una galaxia.

¿Qué se sentiría albergar a un trillón de chinos? Sonreí en la oscuridad. Al mismo tiempo, casi se me salieron las lágrimas. Lo que Vergil tenía adentro era inimaginablemente más extraño que los chinos. Más extraño que cualquier cosa que yo, o Vergil, pudiera entender fácilmente. O entender a secas.

Pero sabía lo que era real. La cama, las luces de la ciudad filtrándose a través de las cortinas de gasa. Gail dormida. Muy importante. Gail en la cama, durmiendo.

El sueño regresó. Esta vez la ciudad entró por la ventana y atacó a Gail. Era un atacante de considerable tamaño, lleno de púas y de luces, y gruñía en un lenguaje que no podía entender, construido a partir de bocinas de automóviles, el ruido de las multitudes, el escándalo de los sitios de construcción. Intenté detenerlo, pero logró alcanzarla y se desvaneció en polvo de

estrellas, esparcidas por toda la cama, cubriendo todo. Me desperté de golpe. Cuando amaneció me vestí con Gail, la besé y disfruté la realidad de sus labios humanos, incorruptibles.

Fui a mi cita con Bernard. Le habían prestado una *suite* en un hospital del centro. Subí en el elevador hasta el sexto piso, y observé lo que la fama y la fortuna pueden significar.

La suite estaba decorada con buen gusto, serigrafías sobre paredes de madera, muebles de cromo y vidrio, una alfombra color crema. Bronce chino, armarios de madera fina y mesas.

Me ofreció una taza de café y la acepté. Tomó asiento en un desayunoador y me senté frente a él. Vestía un traje gris, el pelo canoso, un perfil agudo. Tenía más de sesenta años y un aire a Leonard Bernstein.

—Sobre nuestro conocido mutuo —dijo—. El señor Ulam. Brillante. Y no lo pienso dos veces: valiente.

—Es mi amigo. Estoy preocupado por él.

Bernard alzó un dedo.

—Valiente y muy estúpido. Lo que le está sucediendo nunca debió permitirse. Quizá lo hizo bajo presión, pero no es excusa. Sin embargo, ya está hecho. Supongo que habló con usted.

—Quiere regresar a Genetron —asentí.

—Por supuesto, ahí está todo su equipo. Y ahí es donde vivirá mientras resolvemos este enredo.

—Resolverlo... ¿cómo? ¿Por qué? —no estaba pensando claramente. Tenía un ligero dolor de cabeza.

—Me puedo imaginar una gran variedad de usos para elementos computacionales pequeños e hiperdensos con una base biológica. ¿Usted no? Genetron ha hecho varios avances, pero esto es un asunto diferente.

—¿En qué está pensando?

Bernard sonrió.

—No tengo la libertad para contarle. Será revolucionario. Tenemos que tenerlo en un ambiente de laboratorio. Tendremos que llevar a cabo experimentos con animales. Empezaremos de nuevo, por supuesto. Las... colonias de Vergil no pueden ser transplantadas. Están basadas en sus propios glóbulos blancos. Tendremos que desarrollar colonias que no dispararán respuestas de inmunización en otros animales.

—¿Como una infección? —le pregunté.

—Supongo que sirve como comparación. Pero Vergil no está infectado.

—Mis pruebas resultaron positivas.

—Eso se debe principalmente a los pedazos de información flotando en su sangre, ¿no cree?

—No lo sé.

—Mire, me gustaría que nos visitara en el laboratorio después de que Vergil se acomode. Sus conocimientos nos pueden ser útiles.

Nos. Trabajaba con Genetron como mano y guante. ¿Podía ser objetivo?

—¿Cómo lo beneficiará esto a usted?

—Edward, siempre he estado al frente de mi profesión. No veo razón para no ayudar con esto. Con mi conocimiento de las funciones neuronales del cerebro y la investigación que he estado haciendo en neurofisiología...

—Podría evitar que Genetron fuera investigado por el gobierno —le dije.

—Eso es muy burdo. Burdo e injusto.

—Quizá. De cualquier manera, me gustaría visitar el laboratorio cuando Vergil se acomode. Si la invitación se sostiene, a pesar de mis comentarios burdos.

Me miró detenidamente. Yo no estaría jugando en su equipo; por un momento, sus pensamientos se transparentaron hasta quedar desnudos.

—Por supuesto —dijo Bernard, levantándose conmigo. Estiró su mano para estrechar la mía. Sus palmas estaban llenas de sudor. Estaba tan nervioso como yo, aunque no lo aparentara.

Regresé a mi departamento y me quedé ahí hasta medio día, leyendo, tratando de organizar el asunto. Tomar una decisión. Lo que era real, lo que necesitaba proteger.

Hay un límite en la cantidad de cambios que alguien puede soportar; innovación, de acuerdo, pero implementación lenta. Sin forzar. Todo el mundo tiene el derecho a quedarse tal cual está hasta decidir lo contrario.

El descubrimiento científico más importante desde...

Y Bernard lo forzaría. Genetron lo forzaría. No soportaba la idea.

—*Neoludita* —me calificó a mi mismo. Una acusación sucia.

Cuando apreté el timbre del departamento de Vergil en el panel de seguridad del edificio, contestó casi inmediatamente.

—Sí —me dijo, sonaba eufórico—. Sube. Estaré en el baño. Con la puerta sin seguro.

Entré al departamento y caminé por el pasillo rumbo al baño. Vergil estaba en la tina, sumergido hasta el cuello en agua rosada. Sonrió vagamente y chapoteó con sus manos.

—Parece que me corté las venas, ¿no? —me dijo suavemente—. No te preocupes. Todo está bien ahora. Genetron me aceptará. Bernard llamó.

Apuntó hacia el teléfono y el *intercom*.



Me senté en el escusado y me fijé en la lámpara de sol desconectada y parada junto a un mueble.

—¿Estás seguro de que eso es lo que quieres? —le pregunté, bajando mis hombros.

—Sí, creo que sí —dijo—. Pueden cuidarme de forma apropiada. Me van a limpiar cuando llegue allá, esta tarde. Bernard me va a recoger en su limosina. Estilo. De aquí en adelante, todo con estilo.

El tono rosáceo del agua no parecía jabón.

—¿Es un baño de burbujas? —pregunté. Entendí varias cosas de golpe y de pronto me sentí más débil; lo que se me había ocurrido era sólo la siguiente locura, obvia y necesaria.

—No —dijo Vergil.

Yo lo sabía.

—No —repitió—, está saliendo de mi piel. No me están avisando de todo, pero creo que están mandando exploradores. Astronautas.

Me miró con una expresión que no era necesariamente de preocupación, parecía más curiosidad.

La confirmación hizo que los músculos de mi estómago se tensaran, como si estuvieran esperando un golpe. No había considerado esa posibilidad hasta ese momento, quizá porque estaba concentrado en otras implicaciones.

—¿Es la primera vez? —pregunté.

—Sí —me dijo. Se rio—. Hasta me dan ganas de dejar que los bichos se vayan por el drenaje. Para que sepan de qué se trata este mundo.

—Llegarían a todas partes —le dije.

—Seguro.

—¿Cómo... cómo te sientes?

—Ahorita me siento muy bien. Debe haber miles de millones —chapoteó de nuevo—. ¿Qué piensas? ¿Libero a los bichos?

Rápidamente, sin pensar, me hincé junto a la tina. Mis dedos tomaron el cable de la lámpara de sol y la conecté. Él había calentado perillas y había logrado que yo orinara azul, me jugó miles de bromas prácticas y nunca había crecido, nunca había madurado tanto como para entender que era lo suficientemente brillante para transformar el mundo; nunca aprendería a ser precavido.

—¿Sabes, Edward, yo...? —intentó tomar el tapón de la tina.

Nunca terminó la frase. Tomé la lámpara y la aventé a la tina, dando un salto hacia atrás ante la explosión de vapor y chispas. Vergil gritó y se agitó y se convulsionó y entonces todo estuvo en calma, excepto por un débil zumbido constante y el humo que se desprendía de su cabello.

Abrí la tapa del escusado y vomité. Me tapé la nariz y salí a la sala. Mis piernas se rindieron y me desplomé en el sofá.

Pasada una hora, busqué en la cocina de Vergil y encontré cloro, amoníaco y una botella de Jack Daniel's. Regresé al baño, intentando mantener el foco de mi mirada lejos de Vergil. Primero vertí el alcohol, después el cloro y al final el amoníaco. El cloro empezó a hacer burbujas y me salí, cerrando la puerta tras de mí.

Cuando llegué a casa, el teléfono estaba sonando. No contesté. Podía haber sido el hospital. Podía haber sido Bernard. O la policía. Me podía imaginar tener que explicarle todo a la policía. Genetron se encerraría tras sus muros; Bernard simplemente no estaría disponible.

Estaba agotado, todos mis músculos anudados en tensión y con el nombre que uno le puede dar a lo que se siente después de... ¿cometer genocidio?

Eso no parecía real. No podía creer que acababa de asesinar a cientos de trillones de seres inteligentes. Que había acabado con una galaxia. Era risible. Pero no me daba risa.

Era fácil creer que había asesinado a un ser humano, un amigo. El humo, las barras derretidas de la lámpara, el cordón eléctrico y el enchufe humeando.

Vergil.

Había dejado caer la lámpara en la tina con Vergil.

Me sentí enfermo. Sueños, ciudades violando a Gail (¿y qué había pasado con su novia, Candice?). Dejar drenar el agua que los contenía. Galaxias enteras salpicándonos a todos. Qué horror. Y al mismo tiempo, qué belleza potencial... un nuevo tipo de vida, simbiosis y transformación.

¿Había sido lo suficientemente cuidadoso como para matarlos a todos? Por un momento, sentí pánico. Mañana, pensé, esterilizaré su departamento. Por alguna razón, ni siquiera recordé a Bernard.

Cuando Gail cruzó la puerta, yo estaba dormido en el sillón. Me desperté, desorientado, mientras ella me miraba.

—¿Te sientes bien? —me preguntó, parada en la orilla del sillón. Asentí.

—¿Qué tienes planeado para la cena? —mi boca no funcionaba correctamente. Las palabras se sentían pastosas. Tomé mi temperatura con su mano.

—Edward, tienes calentura —me dijo—. Muy alta.

Tropecé hasta el baño y me miré en el espejo. Gail me seguía de cerca.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Había líneas en mi cuello, bajo la camisa. Líneas blancas, como autopistas. Llevaban mucho tiempo dentro de mí, días.

—Manos húmedas —dije. Tan obvio.

Creo que por poco morimos. Luché al principio, pero en minutos estuve muy débil como para moverme. Gail estaba igual de enferma después de una hora.

Estaba tirado en la sala, sobre la alfombra, empapado en sudor. Gail estaba acostada en el sillón, su rostro con el color del talco, ojos cerrados, como un cadáver en un salón de embalsamamiento. Durante unos momentos, pensé que había muerto. Aún con lo mal que me sentía estaba furioso... odiaba, sentía una culpa sobrecogedora ante mi debilidad, mi lentitud para entender todas las posibilidades. Después ya no me importó. Estaba muy débil, incluso para parpadear, así que cerré los ojos y esperé.

Había un ritmo en mis brazos, en mis piernas. Con cada pulso sanguíneo, una especie de sonido brotaba dentro de mí, como una orquesta de miles de integrantes, pero sin tocar al unísono; interpretando temporadas completas de sinfonías al mismo tiempo. Música en la sangre. El sonido se hacía más duro, pero más coordinado, trenes de ondas finalmente cancelándose en silencio, para separarse en pulsos armónicos.

Los pulsos se derretían en mí, en el sonido de mi propio corazón.

En primera instancia, doblegaron nuestras respuestas inmunológicas. La guerra —porque era una guerra, en una escala

nunca antes conocida en la Tierra, con trillones de combatientes— duró quizá dos días.

Cuando reuní las suficientes fuerzas para llegar a la llave de agua de la cocina, pude sentir cómo trabajaban en mi cerebro, intentando romper el código para encontrar al dios que habita el protoplasma. Tomé agua hasta que vomité; después bebí más moderadamente y le llevé un vaso a Gail. Ella le dio pequeños sorbos. Sus labios estaban llenos de fisuras, sus ojos inyectados de sangre y rodeados de migajas amarillas. Todavía tenía un poco de color en la piel. Más tarde, comíamos endeblemente en la cocina.

—¿Qué carajos está sucediendo? —fue lo primero que preguntó. No tenía la fuerza necesaria para explicarle. Pelé una naranja y la compartí.

—Deberíamos hablarle a un doctor —dijo. Pero yo sabía que no lo haríamos. Ya estaba recibiendo mensajes; era evidente que cualquier sensación de libertad que experimentábamos era ilusoria.

Al principio los mensajes eran simples. Memorias de órdenes, y no las órdenes en sí, se manifestaban en mis pensamientos. No podíamos salir del departamento —un concepto que parecía bastante abstracto para los que nos controlaban, incluso si no era deseable— y no podíamos hacer contacto con otros. Se nos permitiría ingerir ciertos alimentos y tomar agua de la llave por el momento.

Al amainar la fiebre, las transformaciones fueron veloces y drásticas. Casi simultáneamente, Gail y yo quedamos inmovilizados. Ella estaba sentada en la mesa, yo estaba arrodillado en el suelo. Apenas la alcanzaba a distinguir en la periferia de mi visión.

En su brazo se habían desarrollado varias crestas. Habían aprendido dentro de Vergil; sus tácticas dentro de nosotros eran muy diferentes. Tuve comezón en todo el cuerpo durante dos horas —dos horas en el infierno— antes de que lograran encontrarme. El esfuerzo de eras enteras en su escala de tiempo tuvo éxito y se comunicaron fluida y directamente con esta inteligencia torpe y gigantesca que alguna vez había controlado su universo.

No eran crueles. Cuando el concepto de incomodidad y su indeseabilidad quedó claro, trabajaron para solucionarlo. Trabajaban muy eficientemente. Durante una hora, nadé en un océano de bendición, sin contacto alguno con ellos.

Al amanecer, nos dieron libertad de movimiento otra vez. Había ciertos productos de desecho con los que no sabían cómo lidiar. Me deshice de ellos —mi orina era púrpura— y después Gail hizo lo mismo. Cruzamos nuestras miradas vacías en el baño. Ella logró una pequeña sonrisa.

—¿Te están hablando? —me preguntó. Asentí con la cabeza.

—Entonces no estoy loca.

Durante las siguientes doce horas, su control se redujo en algunos niveles. Sospecho que otra guerra estaba ocurriendo en mi interior. Gail tenía movimientos limitados, pero nada más.

Cuando reanudaron el control completo, nos dieron instrucciones de abrazarnos. No lo pensamos dos veces.

—Eddie... —susurró. Mi nombre fue el último sonido proveniente del mundo exterior que escuché.

De pie, crecimos juntos. En horas, nuestras piernas se expandieron y esparcieron. Unas extensiones crecieron hacia las ventanas para absorber luz del sol y otras hacia la cocina para tomar agua del lavamanos. Los filamentos pronto llegaron

a todas las esquinas del cuarto, quitando la pintura y el yeso de las paredes, la tela y el relleno de los muebles.

Al siguiente amanecer, la transformación estaba completa.

Ya no tengo una imagen clara de cómo nos vemos. Su-pongo que parecemos células –células grandes, planas y con filamentos, cubriendo estratégicamente casi todo el departa-mento. Lo magno imitará lo minúsculo.

Nuestra inteligencia fluctúa diariamente mientras somos absorbidos por las mentes que nos habitan. Cada día, nuestra individualidad disminuye. Somos, de hecho, torpes dinosaurios. Nuestras memorias han sido rebasadas por billones de las suyas y nuestras personalidades se han diluido en la san-gre transformada.

Pronto, no habrá necesidad de centralización.

La plomería ya ha sido invadida. Las personas en el edifi-cio ya están pasando por la transformación.

Durante el antiguo marco temporal de semanas, llegare-mos en masa a lagos, ríos y mares.

Apenas puedo empezar a entrever los resultados. Cada centímetro cuadrado del planeta temblará con pensamientos. En unos años, quizá más pronto, someterán su individualidad, o lo que haya de eso en ellos.

Entonces, llegarán nuevas criaturas. La inmensidad de su capacidad de pensamiento será inconcebible.

Ya no me queda ni odio ni miedo. Se han ido.

Los dejo –a nosotros– con una sola pregunta.

¿Cuántas veces ha sucedido esto en otros lugares? Los via-jeros nunca atravesaron el espacio para visitar la Tierra. No lo necesitaban.

Habían encontrado universos en granos de arena.

## EL PROGRAMA EN DOCE PASOS DE GODZILLA (1994)

JOE R. LANSDALE trabaja en la fundidora, pasa junto a un alto edificio que parece estar hecho principalmente de cobre brillante y vidrio oscuro que refleja el sol. Observa su propia

Hay pocas cosas en esta vida tan divertidas, y a veces espe-luznantes, como leer los cuentos de palomitas de maíz de Joe Lansdale. Resulta que si el señor Lansdale –uno de los mejo-res escritores norteamericanos vivos, que habita en Nacog-doches, Texas, y que ha inventado su propio arte marcial, el Shen Chuan– decide cenar palomitas (únicamente las cocina-das por su esposa), tiene cierto tipo de sueños que se traducen en cierto tipo de historias que son particularmente delirantes.

Lansdale trabaja en varios géneros y en últimas fechas sus novelas (en particular *The Bottoms*, y *Edge of dark water*), le empiezan a traer el reconocimiento que merece. Su capacidad inventiva, su humor negro, su oído para los diálogos y la ca-pacidad para crear horrores inolvidables hacen de Lansdale una de las piezas claves de la literatura de géneros. En esta historia de palomitas de maíz, Lansdale le da voz a una de las figuras más importantes de la ciencia ficción del siglo xx.

Al salir del trabajo, Godzilla se mantiene alejado del centro de la ciudad. Se siente tenso. Siempre ha sido difícil dejar de